

ORACION FÚNEBRE

POR EL DOCTOR

DON JOSEF SEVERO LOPEZ.



# ORACION FÚNEBRE

POR EL DOCTOR DON JOSEF SEVERO LOPEZ,

MÉDICO DE CÁMARA DE S. M.

Y CATEDRÁTICO DEL REAL INSTITUTO DE LA CLÍNICA,

trino y virtud, y su nombre será honrado  
entre los grandes de la tierra.  
PREDICADA

EN LAS EXEQUIAS QUE CELEBRARON POR SU ALMA SUS FIELES Y AGRADECIDOS  
DISCÍPULOS EL 17 DE MARZO DE 1808 EN LA IGLESIA DE PP. DOMINICOS  
DEL COLEGIO DE SANTO TOMAS DE ESTA CORTB,

POR EL DOCTOR

**DON MANUEL FERNANDEZ VARELA,**

PRESBITERO, INDIVIDUO DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA,

DIGNIDAD DE PRIOR Y CANÓNIGO DE LA SANTA IGLESIA

CATEDRAL DE LUGO.

MADRID

EN LA IMPRENTA DE LA CALLE DE LA GREDA.

1808.

*Es de la M. Academia Médica de Madrid.*  
1020328

*Disciplina medici exaltabit caput illius,  
et in conspectu magnatum collauda-  
bitur.*

El médico será ensalzado por su doctrina y virtud, y su nombre será honrado entre los grandes de la tierra.

DEL LIB. DEL ECLESIÁST. CAP. XXXVIII V. 3.

Nadie es mas digno de nuestras alabanzas que el sabio virtuoso dedicado al alivio de la humanidad doliente. Los demas títulos pomposos que nos deslumbran y alucinan, y que de nada sirven á nuestra utilidad, merecen mas bien nuestra exêcracion que nuestros elogios; y si somos alguna vez tan injustos que les tributemos aquellos respetos que solo se deben á la virtud, será para perpetuar la memoria de nuestra miseria, y no al héroe imaginario que vanamente ensalzamos, y cuyo panegírico se halla inmediatamente desmentido por el testimonio irrefragable de sus propios hechos.

¡No permita Dios, señores, que llegue tambien á profanarse la cátedra de la verdad con semejantes obsequios, dictados por la adulacion y la baxeza de unas almas prostituidas! En este día

doy gracias á la providencia por haberme puesto en ocasion de elogiar á un hombre de mérito, cuya virtud es conocida, y cuya opinion no temo pueda contradecir de ningun modo las alabanzas que yo le tribute. Él no es á la verdad uno de aquellos personajes ruidosos que alborotaron el mundo por lo raro de sus hazañas: no es un conquistador formidable que haya llevado las armas de su nacion á los paises mas remotos, y vencido y humillado los enemigos de su patria por la felicidad de sus empresas: no es un político diestro que haya sostenido y realzado la dignidad de su rey por la sabiduría de sus consejos, y adivinado y deshecho con oportunidad los proyectos y las tramas de las Potencias vecinas: no es en fin un potentado que se haya hecho distinguir por su actividad y magnificencia, dando fomento á las artes, honrando con su proteccion las ciencias, y consumiendo una parte de sus caudales en soberbios edificios, que al paso que sirvan á la pública utilidad, sirvan tambien á su fama, y la immortalicen. Estos son los héroes que se creen ordinariamente dignos del honor de las oraciones fúnebres, y á quienes ordinariamente se las dedicamos. Pero ¿con quanto riesgo de que se alabe la vanidad por alabar la virtud? Porque ¿quan difícil no es que puedan presentarse sin mancha en el templo del Señor unos laureles tantas veces salpicados con la

sangre de los hombres? ¿Quan difícil que puedan calificarse de justas las operaciones del hombre de estado, cuyas miras se encaminan muchas veces á negociar mas bien su propia grandeza que la de su nacion? ¿Y quan difícil que tengan el carácter de la verdadera caridad las limosnas y dispendios de que suelen hacer ostencion los poderosos por adquirirse acaso mayor gloria?

Pero si el sugeto de quien vengo á hablaros no pertenece á la clase de estos agigantados colosos, tampoco tiene sus defectos. Su mérito es de otro orden; y de un orden mucho mas apreciable, por lo mismo que es mas inocente. Su principal distintivo es la sabiduría; mas no una sabiduría hinchada, turbulenta y altiva; sino modesta, pacífica y arreglada por la virtud. En él no brillan el poder, las riquezas, ni las dignidades que oprimen al género humano, quando no se encaminan á su utilidad; pero brillan la honradez, la aplicacion á sus obligaciones, la prudencia y la humildad, la justicia y la misericordia, la pureza, la sencillez y la uniformidad de costumbres, que constituyen y adornan un perfecto ciudadano. Su fama no proviene de destruir con arte á los hombres, como el valeroso guerrero, sino el de aliviarlos en sus dolencias, como médico sabio: no de turbar la paz de los reynos, como el político astuto; sino de conservar la salud y el bien estar de sus próximos, como

ilustrado y benéfico: no en fin, de hacer alarde de su munificencia, como el rico desvanecido, sino de retirarse á su estudio, para adquirir con la meditacion y el trabajo el verdadero medio de ser provechoso. Este el médico sabio, de quien dice el Espíritu Santo *que será honrado y ensalzado por su doctrina y virtud*; y este era el célebre, el amable, y el justamente llorado DON JOSEF SEVERO LOPEZ, por quien hacemos estas exêquias.

Al oír pronunciar su nombre muchos de los que me escuchan, no podrán ménos de enternecerse, leyendo en su corazon las pruebas de lo que acabo de decir. Qual renová la memoria de aquella oficiosidad y esmero con que asistia á sus males, hasta lograr desterrarlos: qual de aquella afabilidad y cariño con que se acercaba al lecho del dolor, para alentarle á sufrirlos con la esperanza de su pronta mejoría: qual de aquella generosidad y desprendimiento con que renunciaba el premio de su asistencia, por considerar los esfuerzos y las circunstancias de su familia menesterosa: qual del interes que tomaba en instruirle con sus lecciones, para hacerle heredero de su doctrina; qual en fin de su trato dulce y amable, y de aquella docilidad y modestia con que se prestaba á disertar sobre qualquier asunto de su profesion, siempre que se mendigaban sus luces. ¡Ay de mí! ¡Yo tambien he llegado á gozar, aunque tarde, del placer de conocerle, para

tener ahora el desconsuelo de llorarle! ¡Así se desvanecen nuestras mas lisonjeras satisfacciones; y nos vemos privados para siempre de los objetos mas tiernos y mas queridos, quando nos creemos mas ufanos con su amistad y existencia!

Pero ya es tiempo, señores, de que enxugemos nuestras lágrimas, y prestemos nuestros oidos á los avisos de la religion. Mueren nuestros padres; mueren nuestros amigos; mueren nuestros maestros y nuestros bienhechores; las mas brillantes antorchas de la ciencia médica llegan tambien á apágarse con el soplo de la muerte; aquellos que parecian destinados para triunfar de su guadaña, tienen que ceder á sus golpes, para que todos conozcamos que estos son inevitables, y procuremos sacar partido de una vida tan calamitosa en favor de nuestra alma inmortal... Esta es la reflexion cristiana que deben excitar en nosotros estas lúgubres exêquias; ese triste cenotafio erigido sobre los sepulcros; y todo el aparato fúnebre de que le vemos cercado en este dia. Del Doctor SEVERO LOPEZ nada resta ya en el mundo mas que la memoria de sus beneficios: examinémoslos, pues, con circunspeccion, para avivar en nosotros el deseo de ser benéficos: veamos como hizo servir al bien de la humanidad sus *talentos* y sus *virtudes*; y descubramos en los motivos de nuestro amor y de nuestro llanto, moti-

vos de edificación para poder sacar algún fruto de esta santa y piadosa ceremonia.

### PRIMERA PARTE.

Todo hombre nace con la obligación de hacerse útil; y debe cultivar por tanto los bienes con que le regala el cielo, so pena de ser un objeto de indignación á los ojos de su Criador, y semejante á aquel Siervo del Evangelio que Jesucristo condena á ser arrojado entre tinieblas, por no haber aumentado los talentos que su Señor puso en sus manos.

Todo hombre nace para la sociedad; y de no querer auxiliárla con sus fuerzas, con sus luces ó con sus riquezas, será como el leño seco que Jesucristo manda cortar por estéril, y le destina á las llamas, pues que no tiene otro servicio.

Todo hombre en fin nace para el trabajo, y aquel que estando dotado de facultades de espíritu, proporcionadas para adelantar en las ciencias útiles, se entrega sin embargo á una ociosidad vergonzosa, es tan criminal como el rico que no usa de sus tesoros, pudiendo minorar con ellos las públicas calamidades; y como el labrador perezoso que en vez de cultivar su heredad, la dexa cubrir de malezas, haciéndose reo de su

1 Matth. cap. 25.

2 Luc. cap. 13.

propia miseria, de la de sus hijos, y de la de sus compatriotas.

Esto quiere decir, señores, en dos palabras, que el hombre debe ser laborioso de justicia en qualquier estado donde le coloque la providencia; y que sus afanes, sus trabajos, y sus desvelos deben crecer en razon de su responsabilidad, y de las urgencias públicas y particulares, que clamen por su socorro.

De esta obligación sagrada nació la aplicación al estudio del Doctor SEVERO LOPEZ. La naturaleza le habia dotado de un entendimiento claro, de una memoria feliz, de una penetración prodigiosa, y de un genio activo, combinador, exácto é infatigable en quanto emprendia; y él se propuso aprovechar con esmero tan recomendables prendas en bien de aquella profesion, á la que se vió mas inclinado, y en la que le pareció desde luego que podria ser mas útil. La divina providencia quiso que naciese pobre, y así no tuvo los obstáculos del poderoso, para llegar á ser sabio.

Privado tambien desde su infancia de todos aquellos auxilios que llegan á influir comunmente en la suerte de los hombres, es verdad que tampoco tenia otro recurso que el de apelar á sus talentos. Su padre le habia faltado en los primeros años de su niñez; no tenia fuerzas corporales para dedicarse al trabajo; no tenia padrinos ricos á quienes

podér acudir en su indigencia; no tenía en fin otro apoyo que su madre pobre y viuda, con lo muy preciso apénas para sostenerse á sí misma; y así solo podía confiar su suerte á su aplicacion, y esperar de sus estudios el remedio de su desgracia.

Pero ¿que digo, señores? Para el que nace con genio no es una desgracia el ser pobre. Las riquezas sí, que debilitan el espíritu con mil dañosos accidentes, que rara vez se separan de ella. Al paso que el hombre desvalido halla en su propia miseria un verdadero estímulo para su aplicacion; el rico satisfecho desde niño de que no necesita trabajo para vivir en abundancia, está expuesto precisamente á ser una víctima de la ociosidad. Su talento, por despejado que sea, se entorpece en la inaccion, ó se disipa en el placer: pasa de la floxedad á la inercia, y de esta á la obscuridad, donde se sepulta para siempre; en tanto que el hombre de genio estrechado en la pobreza, y como deseando salir de una clase, para la qual le parece no haber nacido, se aplica, estudia, trabaja, y se eleva por sí mismo sobre sus semejantes, como uno de aquellos astros luminosos, que sin mas luz que la suya se hacen conocer al mundo en su época, en su siglo y en la mas remota posteridad. Roma adoraba por tanto la pobreza entre sus falsas deidades, como madre fecunda de las artes y de las ciencias; y si nosotros estamos libres de esta extravagancia,

no lo estamos de la obligacion de bendecir al Señor que se vale de tales medios, para que no se malogren aquellos talentos extraordinarios que nos concede su beneficencia en bien de la humanidad.

No espereis ahora que me detenga en referiros los primeros estudios de SEVERO, ni los progresos de su niñez. Pudiera representárosle en el colegio de la Escuela Pia, dedicándose animosamente á la lengua de los latinos, y adquiriendo aquella facilidad prodigiosa en hablarla, con que despues admiró en público á los mas hábiles profesores. Pudiera representárosle en el de esta santa y venerable casa, instruyéndose en la doctrina de los filósofos, separando lo provechoso de lo inútil, y manifestando ya entónces poca aficion y poco gusto por lo que no era en realidad importante. Pudiera representárosle en el retiro de su habitacion, reformando por sí mismo los defectos de la escuela, y adquiriendo los verdaderos principios elementales, que sirven como de basa á los conocimientos humanos, sin mas maestros que los libros, sin mas impulso que sus deseos, sin mas auxilio que su comprehension, su memoria y su paciencia; pero quando pienso representaros al héroe, solo debo emplear en su retrato lo que es heroyco y sublime. Los progresos de la niñez y de la adolescencia son como las inclinaciones que se trastornan muchas veces con la desenvol-

fura de la mocedad; y los que entónces hizo SEVERO, ni aun merecian recordarse siquiera, si no hubieran contribuido despues á nuestro provecho, por lo que contribuyéron á su saber.

Su elogio, pues, debe principiarse por su vocacion: es decir, desde el venturoso momento en que tratando de elegir un destino con que poder alimentarse, quiso el cielo introducirle en el hospital General de esta Corte, donde asistiendo á los enfermos, consiguiese al mismo tiempo adiestrarse en el arte de curarlos. <sup>1</sup> ¡Día mil veces dichoso aquel en que el género humano, acosado y combatido por tan diferentes males, adquiere un libertador generoso, que estudie para aminorarlos, que se aficione á su profesion, y cifre en el acierto su felicidad. Tal iba á ser nuestro SEVERO. Apenas se vió introducido en ese albergue de la miseria, donde la beneficencia y la muerte se disputan el imperio, quando conmovida su alma con los ayes de los infelices, reconoce el peso de su obligacion, y la necesidad de hacerse perfecto en todos los ramos de su facultad. La vis-

<sup>1</sup> La primera intencion de SEVERO LOPEZ fué dedicarse solo á la cirugía por el método que se enseñaba en aquel tiempo; pero por su mucha aplicacion se extendió despues al estudio de la medicina, y de todos los ramos conducentes al arte de curar, descubriendo los caminos que era preciso correr para ser un buen facultativo. Asegúrase que quando se tituló de cirujano, era ya por su saber un perfecto médico.

ta del herido, del paciente, del moribundo, que fixan en él sus ojos desmayados, como para implorar su socorro, taladran su corazon. ¡Ah! ¡Bien quisiera entónces poder auxiliarlos aun con mas que su asistencia! Pero siendo un pobre practicante solo podia ofrecerles sus lágrimas, sus oficios caritativos, sus palabras dulces y consoladoras, y sus ardientes deseos de ponerse luego en estado de poder darles la salud.

Pero ¿quan fácil es, señores, que el hombre sano y de talento llegue luego á desengañarse? SEVERO LOPEZ se habia decidido por la carrera de la medicina, creyendo sin duda que con ella, mas pronto que con ninguna otra, mejoraria su situacion, y recompensaria de algun modo los cuidados y los sacrificios que costaba á su pobre madre; pero he aquí que su mismo estudio, y su perspicacia le hacen ver luego lo contrario. Quanto mas aprende, mas le parece que ignora. Quanto mayores son sus trabajos, mayor es la necesidad que tiene de repetirlos. Sus dificultades se aumentan con sus ideas; y sus caminos se prolongan en razon de la celeridad con que los corre.

¡No hay mas peligrosa ignorancia que la que está mezclada con la presuncion! Muchos hay que habiendo abrazado por recurso la difícil ciencia de la medicina, se creen doctos en ella, sin haber tropezado siquiera con sus dificultades: que

se atreven á citar el gran libro de la naturaleza, sin haber levantado nunca ni una punta de aquel velo que nos encubre sus ministros; que satisfechos con el título de doctores, se encargan ciegame-mente de la salud de los enfermos, presumiendo que el acierto debe fiarse á la fortuna; y que semejantes á un leño de que echan mano los naufragos, que zozobran en alta mar, sin gobierno, sin guía y sin fuerzas suficientes para hacer frente á las olas, navegan á la casualidad, sin que puedan salvar á nadie, sino por una feliz contingencia.

Á estos, á estos es á quienes reprehende principalmente la conducta de SEVERO LOPEZ. Este hombre extraordinario, aun despues de muy instruido en los diversos ramos de su facultad; aun despues de habilitado para asistir á los enfermos, se retrae quanto puede de este exercicio, porque no se atreve á desempeñarle. En tanto que sus compañeros ménos escrupulosos ó mas arriesgados se apresuran á luchar con la muerte, por adquirir nombre y partido, él que conoce la dificultad de la empresa, quiere permanecer en la obscuridad, hasta verse mas prevenido para salir al combate. Creía que sus títulos nunca debían autori-

x Entónces fué quando estableció en su casa una pasantía para poder sostenerse sin tanto riesgo, combinando por este medio su propia utilidad con la utilidad agena, y poniéndose cada

zarle bastante para arriesgarse al error: creía que la reputacion y la fama no son dignas del hombre de bien, faltándolas el verdadero mérito, que debe servirles de apoyo: creía en fin que era mucho mas honroso el ser pobre, que delinqüente; y el vivir desconocido, que injustamente celebrado.

Ocupado de estas ideas, pasaba los dias y las noches atareado constantemente al estudio, y sin variar nunca de plan. En vano se le buscaría en los juegos, en los espectáculos, ni aun en aquellas diversiones honestas que son propias de la juventud: él no hallaba nunca otro recreo que en la indagacion de la verdad. Exâminando un cadáver, puesto al lado de un enfermo, engolfado en la lectura, he aquí de la manera que se le encontraba si se le quería buscar. Y de otro modo, señores, ¿como podría haber llegado á ser sabio, y sabio en una profesion tan vasta como la medicina? Vosotros sabeis muy bien los que la profesais con esmero, quan dilatada es la esfera de sus conocimientos, y quan peligroso es ser médico sin haberla recorrido. Sabeis que la complicada estructura de nuestra máquina, las enfermedades sin número que la descomponen, las causas que las ocasionan, los síntomas que las indican, los remedios que las alejan, no pueden conocerse sin un cau-

vez mas en la necesidad de adquirir nuevas luces para poder comunicarlas.

dal inmenso de luces, de experiencias y de observaciones; y que estas no se adquieren tampoco sin continuados desvelos, sin profunda meditacion, sin negarse á los placeres que distraen el espíritu; le enervan, y le imposibilitan para emprender con cariño una carrera tan escabrosa, y por decirlo así, interminable.

Es verdad que el hombre de talento podrá suplir de algun modo el defecto de su aplicacion: podrá hacer con poco estudio mas de lo que hacen otros con mucho: podrá tropezar muchas veces con remedios oportunos; y si logra poseer el arte de producirse con felicidad, podrá brillar en las juntas y en las concurrencias: podrá deslumbrar á otros profesores ménos doctos, ó ménos advertidos: logrará aura popular, aceptación, aprecio; sí, todo podrá lograrlo fácilmente. Pero ¿que es todo esto, Dios mio, respecto de la obligacion que le habeis impuesto? ¿Que es lo que sabe este hombre, si se considera lo que le resta que saber para desempeñar sin responsabilidad un empleo, cuyas consecuencias son de tanto bulto? ¡Ah! ¿que él mismo, si no tiene una alma muy dura y muy corrompida, está expuesto á padecer todos los dias los mas crueles disgustos! El mismo verá fenecer entre sus propias manos una preciosa vida, que hubiera podido rescatar para su familia y para la patria. Su propia conciencia será entónces quien mas le acuse del tiem-

po que ha malgastado. Ese espíritu sobresaliente, de que le dotó la providencia, será su mayor verdugo: le hará ver con mayor viveza toda la atrocidad de su crimen; y en presencia del desfigurado cadáver, que acabá de ser la víctima de su ignorancia, le dirá en medio de sus fieros y sus tristes remordimientos: ¿Ves? ¿Ves el fruto de tus pasatiempos y de tus descuidos? ¿Ves en lo que viene á parar tu presuncion y tu osadía? ¿Esta flor alevosamente segada en el tiempo de su primavera? ¿Esa virtud arrebatada de la sociedad, quando hacia sus delicias? ¿Ese padre que era el apoyo de sus hijos; y esos hijos que riegan con llanto amargo el lecho todavía caliente de su difunto padre? ¡Ó médicos! mirad lo que se os confia: ved lo que se pone á vuestro cuidado; y aprovechad en tiempo vuestros talentos, para poder cumplir debidamente con las obligaciones sagradas que os impone la religion.

Pero no nos separemos de seguir á SEVERO LOPEZ en el discurso de su vida, y veámosle representando en el teatro de las ciencias el papel que le corresponde. El mérito, señores, quando es verdaderamente grande, no puede estar oculto por mucho tiempo. Es como el astro del dia, que si nace cubierto de espesas nubes, las disipa con su resplandor. El deseo de ser útil es el que hace salir de la obscuridad al estudioso SEVERO, y el que se presente por la vez primera

en un certámen público de oposicion. <sup>1</sup> Habla, y sale de su boca un torrente caudaloso de sabiduría, que sorprende y arrebatá á los que le escuchan: habla, y la vivacidad de su ingenio, la riqueza de su erudicion, la claridad de sus palabras, la amenidad de su estilo, su serenidad, su juicio, su compostura aumentan la admiracion y el grado de sus espectadores. Un rumor sordo y agradable se esparce por toda el aula: la curiosidad inquieta recorre todo el concurso: cada qual desea tomar noticias del hombre extraordinario á quien oye, y cuya modestia le encantá; y en seguida resuenan los aplausos y los elogios: recibe parabienes y satisfacciones: el nombre de SEVERO es pronunciado con honor en las casas y en las concurrencias: los potentados le buscan, los enfermos le desean; y el éxito de sus curas afirma su reputacion, la extiende, y la justifica. He aquí la circunstancia que dió principio á la fama de nuestro sabio. Desde entonces fué aumentándose todos los dias hasta hacerse interesante no solo á este pueblo, sino tambien á toda la nacion. Apenas hay lugar, por miserable que sea, donde su ciencia no se pondera. Los profesores le consultan, los Grandes le aprecian, el Monarca le distingue; nómbrale

<sup>1</sup> A la cátedra de arte obstétrica, y después á la de afectos quirúrgicos.

Médico de su Cámara, fía á sus conocimientos facultativos las comisiones mas honoríficas, <sup>1</sup> fíale la salud de sus augustos hijos los reyes de Etruria, y le elige para que los acompañe á su reyno. Por donde quiera que pasen estos augustos viajantes, SEVERO LOPEZ recibe tambien el omenage de la estimacion de los pueblos, y de los profesores mas conocidos: los sabios de Francia y de Italia le estrechan en su amistad, y solicitan su correspondencia. <sup>2</sup> Las academias y cuerpos literarios le brindan con sus diplomas, y le nombran su individuo...

Mas ¿á que viene ahora todo esto? Perdonad, señores, que para ensalzar aquí la memoria del sabio, me haya dexado arrebatár de su fama. Estas satisfacciones no eran el mérito de SEVERO, sino parte de su recompensa; y yo no he subido á este lugar sagrado para celebrar sus talentos,

<sup>1</sup> Entre otras comisiones tuvo la de elegir Nodrizas para los hijos del Rey: fué agregado al jardin Botánico para la observacion de las plantas: fué nombrado Alcalde Examinador del Real Protomedicato, y Director interino del Real instituto de Medicina Práctica.

<sup>2</sup> Con motivo de su viage tuvo la proporcion de tratar á Cabanis, á Dubois, á Portal, Thuret, á Mascagni, Fontana y otros; de visitar los liceos de Paris; de comparar el estado de la medicina de Francia é Italia, con el que tiene en España; de honrar á su nacion como sabio, y de adquirir muchos conocimientos provechosos á su facultad. De todo lo que se le presentaba, solia sacar partido este genio observador y aplicado.

por lo que puede lisonjear la vanidad, sino por el buen uso que hizo de ellos en desempeño de su virtud.

Veámosle mas bien asistiendo á sus enfermos, y empleando sus luces y su conato en el ejercicio de su profesion. ¡O, y quan interesante debe ser á los pueblos un médico de esta clase! ¡Que de bienes recibimos de sus conocimientos! ¡Que consuelo con sus palabras! ¡Que alivio con su asistencia! La sola idea de que estamos al cuidado de un hombre sabio, conocedor y vigilante, quando nos hallamos postrados, ¡quan satisfactoria debe sernos, y quan agradable! Pues ved aquí, señores, lo que sucedia con nuestro SEVERO. Apenas le descubria el enfermo, ya empezaba á hallar alivio. Su presencia sola parecia dar la salud. Si la confianza del paciente es una disposicion ventajosa para triunfar de la enfermedad, SEVERO LOPEZ lograba inspirarla con sus palabras, despues de haberla ya inspirado con su opinion.

¡Que no pueda yo recorrer ahora los diferentes sucesos de su carrera, para daros una idea mas exácta de su habilidad! ¡Que no pueda recopilar la serie de sus prodigios, para haceros ver por ellos á qué punto habia llegado su saber! Aquel don incomparable de clasificar con exáctitud los males, y precaver sus excesos: aquel tino milagroso de señalar los remedios, y aplicarlos con

felicidad: aquella nueva manera de usar de los medicamentos para regular su eficacia, ¿de qué modo podrian mejor demostrarse que con la relacion de sus hechos? Pero por otra parte ¿que necesidad tengo yo de estos documentos, quando estoy hablando en su patria, en el pueblo que fué testigo de sus triunfos, y en la presencia de muchos que le deben su salud? Hijos que visteis convallecidos á vuestros padres por la sabiduría de SEVERO; padres que visteis rescatados de la muerte á vuestros queridos hijos, que forman hoy vuestras delicias y vuestras esperanzas; esposas fieles y cuidadosas que respirais con la vida de vuestros consortes salvos, y libres ya de sus males por sus cuidados y por sus esmeros, hablad ahora por mí. ¡Ah! ¡que pérdida hemos hecho todos con la muerte de este sabio! ¿Llorais? Sí, vuestras lágrimas son justas, y ellas son el testimonio mas convincente que yo pudiera citar tambien en su elogio.

No pretendo decir por esto que la salud hubiese sido siempre una consecuencia necesaria de su asistencia. La sabiduría de los hombres tiene sus límites precisos; y las enfermedades y la muerte á que estamos sentenciados por el pecado, son al cabo inevitables. Á mas de que, los males que nos acometen, no siempre son de tal clase que deban ceder á los remedios: su fuerza es mucho mayor á veces que la de la medicina; y

á veces la divina providencia, que dió virtud á las plantas para nuestro alivio, las inutiliza igualmente segun conviene á sus decretos. No seamos pues injustos en exígir de los médicos lo que toca solo al Señor. El Espíritu Santo previene que los honremos, porque son necesarios para nuestra conservacion; <sup>1</sup> y si á esta necesidad corresponden efectivamente su ciencia, su aplicacion y sus cuidados, entónces honor eterno á su nombre, honor eterno á su estudio y á su profesion.

Pero no se satisfacía SEVERO con ser útil de este modo al género humano. La mayor gloria de los sabios no consiste en haber adquirido luces con el estudio, ni en servirse de ellas con felicidad, sino en comunicarlas á los demas hombres, para extender y perpetuar el bien. De este modo logran preservar de la muerte lo que es fruto de sus fatigas, y hacerse no solo provechosos á su siglo, sino tambien á la posteridad. La pluma y la palabra son los dos únicos medios que se emplean para este fin: ámbos nobles, ámbos gloriosos, y ámbos del mayor interes. Con el primero conseguimos ver á los grandes maestros multiplicarse, por decirlo así, en sus libros, y enseñar á todos los pueblos: y con el segundo los vemos multiplicarse tambien en sus oyentes, y

<sup>1</sup> *Honora medicum propter necessitatem. Eccles. cap. 38.*

formar de muchos de ellos beneméritos sucesores. Uno y otro medio tienen sus particulares ventajas: el uno es mas á propósito para sembrar las ideas; el otro para hacerlas fructificar. Estampadas estas en los libros, es verdad que se divulgan mas fácilmente; pero grabadas por la palabra en los corazones, brotan con mas lozanía, y se arraygan con mas seguridad. En fin, el medio de la pluma es de maravillosa importancia para que se difundan las ciencias, y el de la palabra para hacer hombres científicos.

Este último medio, pues, como que era el mas análogo al carácter de SEVERO, fué el que empleó toda su vida, para concurrir por su parte á la ilustracion de su patria. La necesidad propia le obligó á adaptarle primero, y despues la necesidad comun. Veia la medicina en España sepultada entre tinieblas, plagada de innumerables errores, y enseñada por métodos ineficaces, oscuros y peligrosos. Veia que en las ciencias naturales, en tanto que el espíritu de sujecion á la autoridad agena esté apoderado del entendimiento humano, jamas podremos adelantar un paso sobre los antiguos: y siendo este puntualmente el vicio de nuestras escuelas, y el que por consiguiente estorbaba los progresos de su profesion, clamaba á sus compañeros, advirtiéndoles de las equivocaciones á que estaban expuestos los hombres mas grandes por sabios y por respetables que fuesen; de los

motivos que habia para suspender el juicio sobre sus opiniones; y de las fatales conseqüencias que podrian seguirse á la humanidad de abrazarlas ciegamente. Deciales que la duda admitida con moderacion y prudencia, les facilitaria un camino claro para buscar la verdad; y semejante al célebre Canciller de Inglaterra, penetrando por entre las barreras que la preocupacion de muchos siglos habia levantado contra la razon, les hacia ver el hermoso y dilatado reyno de la filosofía, donde podrian hallarla con estudio, y con aplicacion. ¡Oxalá que nunca la rivalidad y el amor propio consiguiesen trastornar el fruto de tan generosas intenciones! Pero nosotros somos demasiado soberbios para creernos en estado de mendigar de ajenas luces, y declararnos por la opinion de nuestros contemporáneos, quando es contraria á la nuestra. A mas de que una revolucion en una ciencia nunca se hace con impugnation; y SEVERO LOPEZ no habia de ser mas afortunado que otros muchos hombres eminentes que tuvieron que pasar por el crisol de la contradiccion ántes de ser venerados por tales.

Mas por fin ha querido el cielo que reuniendo en su propia persona la autoridad con la ciencia, pudiese contribuir á la reforma de la medicina, sin tener que batallar precisamente con las opiniones de sus contrarios. Establécese en esta Corte una escuela, por la qual suspiraba la hu-

manidad, y el sabio SEVERO LOPEZ es nombrado por el benéfico Monarca para ser uno de los maestros. Entónces, inflamado su corazon con el deseo del bien público, principia á trazar nuevos planes, y á concebir desde luego las esperanzas mas lisonjeras. Ve concurrir á la Corte la juventud estudiosa de las provincias, y un conducto en cada uno de sus discípulos por donde se derivaria en breve su ciencia por todas ellas. ¡Con que esmero y con que ansia procuraba por lo mismo el hábil maestro instruirlos en su doctrina! ¡Con que suavidad y con que arte arrancaba de sus corazones hasta las raices mas profundas del error! Ya fuese reuniéndolos en aquel grande anfiteatro, testigo eterno de su zelo y de su eloqüencia; ó ya conduciéndolos por las salas de los enfermos, y haciéndolos detener en el exámen prolixo de cada uno, ¿podria ser mas amable ni mas provechoso? Allí les explicaba las maravillas de la naturaleza, y los hacia leer sus secretos. Cada enfermedad de las nuestras le daba materia para un discurso, y cada uno de sus discursos era un torrente caudaloso de erudicion. Á su grande entendimiento nada parecia incomprehensible, y todo se hacia palpable con su claridad. Las leyes invariables de la vida, los principios fundamentales de la salud, el origen de nuestras dolencias, sus indi-

El Real Instituto de la Clínica en 1795.

caciones, sus vicisitudes y sus remedios; la conducta con que debe portarse el paciente, y la que debe tener el facultativo, todo era exactamente determinado por este gran maestro de la medicina. ¡Que de cosas no salían al mismo tiempo de aquella preciosa boca para alivio de los enfermos! ¡Quantos males clasificados, cuya variedad no se conocía! ¡Quantas sombras desvanecidas con el resplandor de su luz!... Pero la eloquencia del púlpito se presta poco á una materia que no es de nuestra profesion. A vosotros, discípulos de SEVERO, libros vivos que él dexó para remedio y consuelo de los que padecen, á vosotros es á quienes corresponde principalmente el glorificar la doctrina de vuestro maestro. Si adelantaseis, como lo esperamos, sobre los principios que él procuró estampar en vuestros corazones, bendecid su sabiduría: si la vieseis comprobada con el feliz resultado de vuestras operaciones, con la salud de vuestros enfermos, haced que ellos tambien bendigan, y que el nombre de SEVERO pase de una generacion en otra para honor del presente siglo.

## PARTE SEGUNDA.

Falta todavía, señores, que yo os hable de su mayor mérito, de lo que mas ennobleció su alma, y de lo que le hace á la verdad mucho mas

digno de nuestros elogios. Si el sabio que acabo de representaros no hubiera sido virtuoso, yo me guardaria bien de pronunciar su panegírico á presencia de los altares, alabando una qualidad que le haria mas culpable á los ojos de la Religion. Porque ¿que son sin la virtud los grandes talentos, sino grandes vicios, instrumentos de públicas desgracias, motivos de discordias, de alborotos, de inquietudes domésticas y civiles, causa en fin de nuestra perdicion y de nuestra condenacion eterna? Solo haciendo de ellos y de nuestros estudios el uso prescrito por el Padre de las luces, mereceremos ser alabados; y esta era precisamente la circunstancia que hacia mas recomendable la conducta de SEVERO LOPEZ.

La *bondad*, la *verdad* y la *justicia*, que son los *frutos de la luz*, como dice el Apóstol San Pablo,<sup>1</sup> han sido siempre sus principales adornos. De su bondad nacia su humildad y su modestia. En medio de los públicos aplausos con que se celebraba su nombre, jamas se le ha notado el mas pequeño rasgo de soberbia, ni de altanería. La circunspeccion afectada, la presuncion y la petulancia eran vicios que él detestaba en extremo, y hacia detestar á sus discípulos. Su exterioridad y su compostura eran tan sencillas como su corazon. Si se le consultaba sobre alguna

<sup>1</sup> Ephes. 5. v. 9.

materia relativa á su facultad , hablaba siempre con una desconfianza de sí mismo que parecia timidez ; pero luego descubria por la profundidad de sus conocimientos que no era mas que moderacion.

De aquí nacia igualmente su respeto para con los grandes , su afabilidad y cariño para con los pequeños , y su trato dulce y sincero para con todos. En esto era tan igual y tan generoso , que ni aun con sus mismos enemigos varió jamas de conducta. ¿ Quando se le ha visto , sino , desahogarse contra ellos en amargas quejas , ni volver envenenados los dardos que se le asestaban ? ¿ Quando se le ha oído prorumpir en aquellos picantes dictorios que solo sirven para empeñar mas la accion , y hacer mas sangrienta la refriega ? “ Dexadlos ” (solia decir á sus apasionados , quando los veia enfurecidos contra los que le ofendian ) ellos obran por error , y quizá llegará un tiempo en que se desengañen.”

Y si tal era su conducta para con sus enemigos , inferid de aquí , señores , cómo se conduciria con sus apasionados. ¿ Que interes tan vivo no tomaba por sus adelantamientos y por su fortuna ! ¿ Que cuidado en no disgustarlos ! ¿ Que exáctitud y que eficacia en complacerlos ! ¿ En donde se ha visto un hombre mas consiguiente en su trato , ni mas grande en las virtudes que nos unen con los demas hombres ? ¿ Quien mas fiel en el secre-

to ? ¿ Quien mas agradecido al beneficio ? ¿ Quien mas dispuesto á sacrificarse por los que le amaban ?

Pero al tocar este punto , veo renovarse en vosotros la herida que os ha causado su muerte : veo á muchos de los que me escuchan , que quisieran subir á este sitio para hacer un elogio mas digno del héroe : y veo un vacío inmenso en mis palabras , que yo no sería capaz de llenar nunca completamente á pesar de todos mis esfuerzos. Pero ¿ que mayor eloqüencia necesitan las alabanzas de SEVERO LOPEZ , que estas públicas demostraciones de vuestro amor , de vuestra gratitud y ternura ? “ ¡ Alma grande ! Si despues de haberte separado de tu cuerpo mental y carduco , puedes aun ser sensible á la gloria de la tierra ; si es que llega á interesarte todavía la memoria de tus amigos , su fidelidad y su correspondencia , vuelve la vista á este templo donde nos hallamos reunidos para orar por tu descanso : ven , ven á recoger en las lágrimas con que honramos tus exêquias , el tributo debido á tu amistad ; una dulce recompensa de tu virtud.”

A esta amabilidad incomparable de nuestro sabio se juntaba tambien un carácter de probidad y de justicia , que le atraia la confianza de todos sus amigos , y aun de los que no lo eran. La verdad presidia siempre á todas sus acciones. Era como un hermoso númen , cuyo poderoso atractivo no podia nunca resistir. Jamas tuvo entrada en su

pecho interes alguno en competencia de la verdad. Esta le parecia la primera obligacion del hombre, y el mas glorioso título del sabio. Dexaba para las almas vulgares la adulacion, la ficcion y el disimulo, y todas sus palabras eran dictadas por la misma verdad.

Al paso que se hacia tan respetable y tan digno de ser querido por estas virtudes, procuraba exercitar con esmero la mayor de todas ellas, la que corona los héroes, la que hace que las criaturas se parezcan mas á su Criador, la dulce beneficencia hija de la caridad, honor de la religion, objeto de las alabanzas de todos los hombres, de todos los pueblos y de todos los siglos. Es verdad que no tenia SEVERO LOPEZ aquellos caudales y riquezas que él deseara, para poder acudir con ellas á sus próximos necesitados; pero tenia un corazon sensible, tenia su sabiduría, tenia su oficiosidad y su ternura, que daban mayor valor á sus beneficios. En tanto pues que los mas que se tienen por misericordiosos contribuyen solo á los pobres con las reliquias de su luxo y de sus placeres, él contribuia con sus conocimientos, contribuia con su persona, contribuia con su propia substancia. Los pobres ya sabian que tenian en él un padre; y así le buscaban con la misma confianza que los ricos. En sus dolencias y necesidades no solo se empleaba en las funciones de médico, sino tam-

bien en las de cirujano. Miraba la salud de los hombres como el objeto de ámbas facultades; y así las tenia como igualmente nobles, y dignas igualmente de su profesion.

Esta misma conducta que observaba con los pobres, la observaba tambien con otro qualquiera enfermo en los casos urgentes y peligrosos. Entónces todos le parecian pobres quando necesitan de ageno auxilio. Jamas ha retardado por lo mismo á los que le llamaban el consuelo de su presencia; Bien diferente de aquellos que quieren hacerse deseados, por conocerse importantes; ó de aquellos que reposando en su fama y en sus conveniencias, se forman un sistema de comodidad, que no puede ser compatible con sus obligaciones: abandonaba al punto su mesa, su cama ó su reposo: salia de su casa por el calor, por el frio, de noche, de madrugada, á qualquier hora, y se encaminaba diligente adonde le llamaba la necesidad, la obligacion, la caridad cristiana. "Nosotros no sabemos lo bastante para curar á los enfermos (le oí decir en una ocasion); pero á todos les debemos nuestra asistencia y nuestros cuidados, único consuelo que pueden tener los infelices en sus angustias."

¡Y no penseis acaso, señores, que un interes baxo y rastroso pudiese tener influxo en esta conducta de nuestro sabio!... ¡Pobres de Jesucristo! Vosotros los que abandonados á la fortuna, y

atormentados del dolor, buscaстеis en él vuestro amparo: vosotros los que heridos por la mano del Señor clamabais desde vuestro lecho por su asistencia: vosotros los que alentados en vuestra miseria con la noticia de este hombre caritativo, os acercabais á sus puertas, le esperabais acongojados, y le pediais con lágrimas vuestra salud; vosotros fuisteis testigos de que no preferia el poderoso al necesitado, y de que por su parte jamas os ha dado motivo de que os acordaseis de vuestra pobreza. ¿Y quantas veces entraba tambien en la casa del menesteroso, no solo á curar sus males, sino tambien su miseria? ¿Quantas veces llegó á poner baxo de la cabecera de un enfermo el galardón mismo que acababa de recibir del sano? ¿Quantas se vió en el caso de acudir á los que le llamaban no solo con su persona, sino con medicamentos costosos?

Pero no queramos aclarar unos misterios que él mismo procuraba ocultar siempre con el mayor cuidado. Solo en esta parte no quiso tener confidentes; y sí lo hacia, ó Dios mio, por persuadirse á que sus obras manchadas con la viciosa de los hombres no eran dignas de la vuestra. ¿Que virtud no era la suya? ¿Y quan digna de las recompensas que nos ofrece vuestro Evangelio? Pero tratando ahora de su desprendimiento, ¿podria pasar yo en silencio lo que fué público en Galicia poco tiempo ántes de su muerte? Permí-

teme, alma benéfica, que á nombre de mi amada patria, sea yo tambien el intérprete de su gratitud, y haga resonar en este sitio los ecos de sus alabanzas. Todos saben los motivos del viage de SEVERO á Galicia<sup>1</sup>; y así excuso de referirlos. La fama vuela delante de su persona, y va á ser la precursora de su llegada. Los enfermos respiran entónces con esta nueva, y esperan apelar de sus males al gran médico de la Corte. Llegá con efecto; y por donde quiera que pase, se apresuran á buscarle. Diríase que era el Angel de la Piscina que baxaba á mover las aguas de la salud. Los impedidos, los achacosos y los moribundos claman, y muchos de ellos consiguen verse sanos con sus remedios. Tales son las diversiones con que le convidaban los pueblos, y tales los objetos que presentaban á su curiosidad; pero él siempre infatigable, y ansioso siempre de ser útil, á todos oye, por todos se interesa, y á todos consuela. ¿Y qual pensais, señores, que era el premio de tanto trabajo? El convaleciente al paso que desfallecido por una enfermedad prolongada, anima sus propios ojos para verle, y recoger en su alma la imágen del que le alivia: el socorrido que levanta al cielo sus manos, para colmarle de ben-

<sup>1</sup> Acompañando á su amigo enfermo el Excelentísimo Señor Marques de Camarasa, de cuya salud se habia encargado, y á quien logró ver completamente curado y restablecido de un violentísimo cólico metálico, que le conduxo á las puertas de la muerte.

diciones; le ofrecén á competencia en sus presentes el testimonio de su gratitud: pero el amable bienhechor, creyéndose bien pagado con la afición de aquellos naturales, renuncia generoso sus ofrendas, y no admite de todas ellas mas que la de su amistad. "No me priveis (les decia) del placer de haberos sido útil, disminuyéndole con vuestros regalos: yo no pienso ganar en Galicia mas que vuestro afecto; y si lograrse merecerle volveré contento á la Corte, y perfectamente recompensado." ¡Perfectamente recompensado, decia! ¡Ay de mí!

¡No pensaba él, amados compatriotas, que se veria luego en estado de mendigar de vuestros sufragios! Rogad, rogad por su alma, y esta será ahora la recompensa que mas os estime, y la mejor prueba de vuestro agradecimiento.

Nuestro sabio vuelve por fin á la Corte, para entrar en el sepulcro. La muerte le espera en aquel mismo parage en que dictaba la salud; y como si quisiese darnos á conocer que veia enojo con su doctrina, levanta el árido brazo en el momento mismo de ir á explicarla, y descarga sobre su cabeza el fatal golpe que nos privó para siempre del mas amable de los mortales. ¿Pero para que hemos de andar con figuras poco propias de este sagrado sitio? ¡Nosotros no le merecíamos, y el Señor fué quien le separó de este mundo para castigarnos con tanta pérdida! SEVERO LOPEZ se siente herido, y clama al punto porque le auxi-

lien: sus discípulos y sus amigos se apresuran á socorrerle; le conducen á su casa; rodean su triste lecho, y no saben separarse de su lado: aquella lengua preciosa de que manaban los remedios, enmudece para siempre: la noticia se divulga inmediatamente por todo el pueblo, y llena de sobresalto á sus conocidos: los enfermos desde sus camas, olvidados de su propia salud, dirigen al cielo sus votos por la de su amigo: pero los decretos eternos son irrevocables: habia llegado su hora; ó por mejor decir, la nuestra; y ni los cuidados, ni los medicamentos, ni las oraciones pudieron impedir el que la catástrofe se terminase. SEVERO LOPEZ muere por fin, y con él nuestras esperanzas, y nuestro consuelo...

○ Aquí debiera yo, señores, concluir igualmente su elogio si con su muerte se hubiera sepultado su gloria: pero nunca mas brillante. La seguridad misma que cortó el hilo de su vida, rasgó tambien al propio tiempo el velo de sus limosnas: los pobres salen de sus casas á lamentarse públicamente de la pérdida de su bienhechor: el pueblo mezcla sus lágrimas con las de sus amigos, y apenas les dexa un arbitrio para distinguirse en su duelo: las artes intentan conservar su imagen para trasladarla á la posteridad: la historia privada de SEVERO principia desde luego á referirse, y á presentar el espectáculo mas interesante á los amantes de la virtud: el estudiante apli-

cado, el profesor docto, el maestro sabio, el ciudadano virtuoso, humilde, dulce, modesto, caritativo, es el objeto de las conversaciones como de los aplausos: cada uno le alaba según los beneficios que de él ha recibido, ó que vió recibir á otros: y todos grandes y pequeños, ricos y pobres, consideran su falta como una gran pérdida, como una desgracia para la nación.

Pero Dios justo y terrible, al mismo paso que misericordioso: estas virtudes que hacen tan recomendable la memoria de nuestro sabio, ¿habrian sido tan gratas á vuestros ojos, como á los de los hombres? La habrian hecho digno de la vida eterna, como de la fama póstuma? ¡Ah! que todas nuestras acciones se resienten poco ó mucho de nuestra miseria: lo que nos parece perfecto, es á vuestra vista defectuoso; y aun las virtudes mismas que arrebatan nuestros aplausos, llegan á ser muchas veces motivos de reprobacion en vuestros juicios. Pero vos teneis ofrecido apiadaros del hombre benéfico y caritativo<sup>1</sup>: teneis ofrecido derramar vuestras misericordias sobre el hombre misericordioso<sup>2</sup>, y esto nos alienta á esperar de vuestra bondad la salvacion de nuestro difunto.

<sup>1</sup> Jacob. cap. 1. Matth. cap. 25.  
<sup>2</sup> Luc. cap. 6. Matth. cap. 5. Tob. cap. 4.

Aceptad pues, Señor, el sacrificio que acabamos de ofrecer por su alma. Si es que está detenida, porque algunas reliquias de la humana fragilidad le impiden el entrar en vuestra morada, haced que se purifique con la sangre de la víctima: que se alivie de sus penas el que siempre se ha dedicado al alivio de las nuestras: que su espíritu sea feliz; y que su nombre pueda escribirse en el libro de la inmortalidad con tan gloriosos caracteres como será escrito en nuestras historias.

